

Dante Rodrigo Bejarano Aguilar

Compromiso

Este es, muy probablemente, el último día que pasaré en este mundo. No puedo engañarme diciendo que estoy listo para irme; eso sólo sería una mentira piadosa que le diría a mis padres con tal de tranquilizarlos de una forma incorrecta.

Honestamente, me preguntaba cada día lo que se siente morir ¿Será doloroso? ¿Despertaré en el cielo del que todos me hablan? Así pasaba los días, ignorando completamente a los doctores y las enfermeras que se dedican a cuidarme; y haciéndome preguntas imposibles de contestar. Llegó un momento en que se convirtió en un pasatiempo.

Después de recibir visitar por parte de toda mi familia, ya no pensaba en ellos cuando se retiraban. Al principio fue alentador... Saber que había tantas personas a las que les interesaba; me ayudó a mantener mis ánimos arriba. Sin embargo, después de ver a las mismas caras tantas veces, pude identificar cuándo alguien venía con gusto y cuándo por compromiso. Era lo que ocurría con mi primo Gilberto: él nunca llegó al hospital con ganas de verme. Muchas veces se quedó observando la pantalla de su celular y no me dirigía la mirada, quizá por miedo a que lo viera y se sintiera incómodo. En ocasiones, cuando le quitaban su aparato, se quedaba callado y quieto; seguramente esperando a que sus padres fueran los que llamaran mi atención.

De igual manera, primos y tíos a veces se presentaban muy animados y ansiosos de contarme una historia o anécdota, así como para decirme cosas como “no te rindas” y “estamos contigo”. Contrario a lo que dicen las películas y muchos otros enfermos, yo jamás me cansé de esas palabras. Siempre lo encontré confortante. Asimismo, había a quienes no les importaba en absoluto mi condición. Y no estoy seguro si era porque tenían la certeza de que me recuperaría o porque nunca me consideraron importante. Cualquiera que fuera el tipo de visita, siempre había alguien, aunque sólo fuera uno entre los cinco que me visitaban a la vez, que me aseguraba que me sanaría tarde o temprano.

En esos momentos, yo en verdad pensé en que podría salir de esta enfermedad, pero ahora ya no me interesa y, por alguna razón, siento que el día en el que debo marcharme es hoy.

¿Porqué? La explicación es bastante simple para mí, al menos. Estoy seguro de que mis padres no lo entenderán o no querrán entenderlo; todo el tiempo hicieron lo posible por satisfacerme y me daban todo lo que les pedía; al contrario de mis otras visitas, ellos siempre se presentaron gustosos de hacerme compañía.

No quiero imaginarme su tristeza. En verdad me rompe el corazón saber que están sufriendo justo en este instante. Sufriendo por la pérdida de su hijo.

A pesar de no poder abandonar mi habitación, tuve la oportunidad de conocer el mundo de afuera; yo vivía una vida normal hasta ese día en el cuál me desmayé y desperté en la cama, que sería mi hogar por mi siguiente y último año. Recuerdo a los doctores explicándome mi condición frente a mis padres, quienes lloraban disimuladamente, como para fingir que era algo pasajero. Francamente, no entendí nada de lo que dijeron, e incluso hasta el día de hoy no me queda claro qué sucede dentro de mí ni a qué se debe.

Podría decir todo lo que ha pasado por mi cabeza este último año, y hablar acerca del aburrimiento que he soportado a lo largo del mismo; como el transcurso entre tratamientos y exámenes que me aplicaron, hasta llegar a mis meses finales, en los que comenzaron a invadirme preguntas existenciales. En lugar de todo eso, les diré en qué estoy pensando justo ahora: estoy pensando en mi hermano, Manuel. Estos días, cambió mucho su actitud; unos dirían que es algo obvio por mi condición, pero no es esa clase de cambio de lo que estoy hablando. Verán: al igual que mis padres, él también me visitaba a menudo y con ánimo. Ni un sólo día faltó al hospital. Se mostraba con una sonrisa sincera y, en lugar de hablarme de alivio o abrazarme, jugaba conmigo y me contaba chistes. Hasta ese punto, sí que cambió, pues antes no era siempre diversión y risas con él. Casi todo el tiempo nos enojábamos y peleábamos por lo más mínimo; como con cualquier par de hermanos, supongo. Pero el cambio del que hablo es más complicado.

Mi hermano tenía la costumbre de prometerme muchas cosas: me prometía que me dejaría jugar con sus juguetes algún día, me prometía que me compraría un dulce si le hacía su tarea, me prometía que ya no me molestaría si yo tendía su cama todos los días... En fin, lo que quiero decirles es que nunca cumplió una sola sus promesas.

Cuando me enfermé, mi hermano intentó quedarse contento lo más que pudo. Nunca lo sorprendí con una cara preocupada o inquieta y, sin embargo, sabía que fuera de la habitación no era el mismo.

Es lógico pensar que, gracias a la enfermedad, Manuel comenzó a cumplir todas las promesas que me hacía, pero no fue así. Durante algunas visitas, me prometía que me traería algo para el siguiente día; como un libro, una torta, o un juguete. Por supuesto, no lo traía. No estoy seguro si realmente lo olvidaba o si era su forma burlona de recordarme cómo era mi vida con él antes de la enfermedad.

De cualquier modo, este es el cambio del que les hablé anteriormente. Cierta día que tuvimos una conversación, no volvió a prometerme nada; ni siquiera usó sinónimos o palabras parecidas, como «lo juro», «te aseguro», «lo haré» o «lo traeré».

Esa tarde, me atreví a decirle que no me quería morir, que quería seguir estudiando, y quería tener trabajo como todos los demás. Sus ojos se pusieron muy rojos cuando lo dije. Pude ver que su respiración cambió e incluso sus manos comenzaron a temblar. A pesar de todo eso, no derramó ninguna lágrima.

Me dijo: «Qué tonto eres, hermanito, tú no te vas a morir todavía.» Y, antes de poder preguntarle porqué lo decía, continuó; «Yo soy el hermano mayor, ¡así que yo me tengo que morir primero! Es como funciona. Y como a mí me falta mucho para hacerme viejo, ¡a ti también!»

Sonaba bastante lógico, y él parecía saber de lo que estaba hablando. Aun así, no pude evitar el dudar lo que dijo. Había visto que las personas se morían si las atropellaban o si no se tomaban sus medicinas y, aunque le creía a Manuel, tuve que preguntarle si era cierto eso, sólo para asegurarme: «¿De veras?»

Sin esperar un segundo, me contestó: «¡Sí! Es más, te lo prometo.» No sé por qué pensé que cumpliría su promesa contrario a todas las otras veces, en que sabía que no lo haría.

Lo que cambió en Manuel después de esa tarde, fue que me dejó de prometer cosas, y no entendí porqué hasta el día de ayer. No quiero imaginarme la tristeza de mis papás... La tristeza que debe causarles la pérdida de su hijo... La pérdida de mi hermano.

El día de ayer, yo empecé a toser mucha sangre mientras conversaba con Manuel. No parecía que iba a parar y la enfermera estaba tardando en llegar; cuando al fin llegó y me inyectó algo raro que me dolió. Luego el doctor llamó a mis padres y estuvo hablando con ellos por un largo rato.

Durante ese tiempo, mi hermano se quedó a mi lado. Sosteniendo mi mano hasta que me dormí.

Cuando desperté, había mucho ruido. Mis papás estaban en mi cuarto. Mi mamá gritaba y mi papá la abrazaba fuertemente. No entendí lo que pasó hasta que, con mucho pesar, el doctor me dijo que mi hermano había saltado por la ventana.

Mi mamá repetía una y otra vez: «¡No lo entiendo! ¡¿Por qué?! ¡No lo entiendo!» y escuché a otro doctor intentado calmarla con palabras que ni él mismo podía decir fácilmente. Tartamudeando cada dos palabras y agitando la cabeza.

Decían que podía ser por depresión. Que pudo ser porque no me quería perder. Que se sentía culpable. Pero yo sé por qué . Lo hizo para cumplir su promesa.